

## Una calada de sonrisas

“El jardín de la alegría”, por Natalia Gómez Granda

Con “El jardín de la alegría”, de Nigel Cole, nos encontramos ante una comedia que apunta a la sonrisa inteligente más que a la carcajada barata, y lo hace a través de una historia en la que sus protagonistas se ven obligados a hacer algo nada usual para salir de un atolladero económico. Esta temática, que puede recordarnos a Full Monty, y que puede resultar un poco recurrente, tiene una vuelta muy original; porque no deja de ser insólita la historia de Grace, esa viuda a la que su difunto marido deja en herencia un cúmulo de deudas, y que aprovecha su afición por la botánica para montar en el invernadero de su casa una plantación de marihuana junto con su jardinero, Matthew, y así salir de la quiebra.

Aunque parte de una situación trágica como es la muerte, en lugar de hacer un gran drama, su director, nos introduce de una manera muy suave en una comedia costumbrista, construida a base de pequeños detalles. Éstos vienen dados en su mayoría por una genial Brenda Blethyn (Grace), que aunque pueda parecer un poco sobreactuado en ese papel de viuda engañada por su marido y llena de deudas, hace a lo largo de la película una gran interpretación, mezcla de candor, inocencia y despiste; regalándonos grandes momentos, como la escena en la que prueba el cannabis, o el viaje a las calles de Londres para intentar vender la plantas que ahora cultiva.

Y es que, en una película que gira en torno al cultivo y tráfico de la marihuana, en realidad esto pasa casi inadvertido. Se agradece la falta de intención de los guionistas de enjuiciar la actitud de los personajes (lo cual se traslada al espectador, que no critica, sino que aplaude esa iniciativa ilegal, y se solidariza con esa viuda “alegre”). No tiene un mensaje moralista con respecto a las drogas, sino que hace un tratamiento general de la marihuana y su consumo, sin caer en ningún momento en lo fácil ni en los tópicos, sin dobles lecturas ni pensamientos profundos, ni siquiera hay un debate subyacente sobre la bondad o maldad de esta droga.

Pero el film, si bien tiene un cuidadoso trabajo de guión, no consigue provocar las grandes carcajadas que de un material así se podría esperar. Además, esa idea brillante con la que arranca se va diluyendo lentamente conforme avanza su metraje, y se nota cómo sus creadores no saben mantener bien el nivel.

La comedia se le va de las manos al debutante realizador: la primera parte de la película se muestra como un todo coherente, bien desarrollado, pero la última media hora es bastante inverosímil. Un corte total en el clima, igual que si te fumas un cigarro de la risa, con el que al cabo de un rato, te da el bajón: los hechos empiezan a ocurrir vertiginosamente, sin una lógica que los conduzca. Una gran idea echada a perder. El punto final de la historia es brusco, irrisorio, innecesario, y quizá hasta un tanto ridículo, haciendo que se vuelva incluso falso (no hay más que ver la historia del libro). Son muchos los elementos que enmarañan y estropean al final una obra que funciona a la perfección durante más de una hora.

En definitiva, una comedia con un tono de media sonrisa, que nos sorprende con grandes momentos, como la gente del pueblo sentada en la calle contemplando el espectáculo de los focos del invernadero, pero también aburre, con situaciones bastante predecibles como la de las ancianas que confunden las hojas de té. Una comedia perfecta para la sobremesa de un domingo, y que al menos, se pasa en un suspiro - o en una calada-.